



NÚMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincia.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2'50; Semestre, 5;
Año, 10.—Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de
Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

LAS REFORMAS SOCIALES DEL SEÑOR PI

Con arreglo al nuevo programa dictado por el señor Pi á los suyos, de igual modo que Moisés impuso el Decálogo á los israelitas, el partido federal es, de hoy en adelante, una mera disidencia del socialismo autoritario.

No era esta la doctrina de las Asambleas del partido. La que se reunió en Zaragoza en 1883 discutió largamente una especie de plan de reformas sociales que doce años antes había confeccionado el Sr. Pi, y aunque lo aprobó, bien que no por unanimidad, dió clara muestra de que entre los federales había elementos de valía que, lejos de inclinarse á los trasnochados ideales del socialismo, defendían las libertades económicas, mirándolas como indeclinable consecuencia de las libertades políticas. Comprendiendo sin duda el Sr. Pi los graves riesgos que podía traer para su jefatura el vano empeño de querer convertir á todos los federales, aun á los ilustrados, en socialistas y proteccionistas, dió, á poco de terminar sus sesiones aquella Asamblea, un manifiesto en que declaraba de un modo terminante que el partido federal no era ni individualista ni socialista.

Ahora ha variado de opinión el Sr. Pi, tal vez por creer que los federales que aun quedan á su lado no se han de atrever á resistirse en lo más mínimo á sus pretensiones, ni han de caer en la funesta manía de pensar por cuenta propia. Socialista teórico (que no práctico) desde su juventud, se ha encariñado con las ideas que aprendió en sus primeros años, y no se ha dado cuenta de que el tiempo las ha desautorizado como parciales y falsas, y de que el socialismo científico de hoy en nada se parece al de la época de Bravo Murillo, en que el Sr. Pi estudiaba con aprovechamiento estos problemas. Hoy día no hay obrero algo impuesto en las ideas socialistas que espere la regeneración de su clase de las iniciativas de un gobierno burgués, ni hay por otra parte quien estime posible que, por medio de proyectos de ley redactados por hombres de la clase media y votados por Asambleas en que sólo tendrían exigua representación los trabajadores manuales, se alteren las bases de la propiedad. Esto es un verdadero delirio; pero como el dejar correr la pluma cuesta poco y el papel aguanta todo lo que sobre él se escriba, el Sr. Pi se propone en su programa que el Estado ponga fin á las diferencias entre capitalistas y obreros, aunque para ello tenga que atreverse á todo; que dé retiros á los obreros, que reduzca á ocho las horas de trabajo y que restablezca los antiguos gremios.

Nacen estas pretensiones del Sr. Pi y Margall del falso concepto que tiene del Estado y de sus atribuciones. El Estado es, sencillamente, la entidad social encargada de realizar el derecho, esto es, de declarar y ejecutar las leyes, pero su misión no se extiende ni puede extenderse á la esfera económica, artística, religiosa, científica ni educativa; al Estado no le compete hacer ricos, prudentes, sabios, virtuosos ni felices á los individuos; le basta con afirmar su libertad y respetarla. Si hay cuestiones entre capitalistas y obreros, el Estado debe abstenerse de arrojar sus fusiles en ninguno de los platillos de la balanza en que unos y otros pesan su influencia; porque en una sociedad culta no se concibe que el gobierno exista en beneficio de una clase, sino de todos los

ciudadanos por igual. Tan odiosa es la intervención de la fuerza oficial en favor de los capitalistas, como lo sería en pro de los trabajadores. Una cosa es el restablecimiento del orden público, y otra muy distinta la imposición de una fórmula.

Lo de la jornada de las ocho horas, ni más ni menos, es otra puerilidad, indigna de servir de bandera á un partido. Industrias hay en que podrá aplicarse sin inconveniente esta limitación de la actividad, imposible de todo punto en las faenas agrícolas y en muchos trabajos del orden intelectual. Es este un detalle que debe quedar enteramente al arbitrio de patronos y obreros, ó de éstos solos allí donde se reunan en sociedades cooperativas de producción, á las que el Estado no tiene para qué prestar auxilios ni oponer trabas de ninguna especie.

Si el Sr. Pi mira como obreros única y exclusivamente á los que se dedican á faenas musculares, resultará que él y su partido, que pretenden pasar como avanzados, acogen los prejuicios más vulgares de la gente soez, para la cual los que estudian, escriben, enseñan, levantan planos, inventan máquinas ó descubren leyes científicas no son más que haraganes privilegiados que no ganan el pan y el vino que comen y beben. En el caso, nada probable, de que mire como obreros á los que trabajan con la inteligencia, resulta que casi todos los españoles tendrán con el tiempo derecho á esos retiros que el Sr. Pi quiere crear para los trabajadores ancianos, enfermos ó inutilizados; y suponiendo que esas pensiones fueran, por término medio, de dos pesetas diarias, lo que no es mucho pedir en un Estado socialista rumboso como el que el Sr. Pi sueña no obstante su amor á las economías, y que sólo la cuarta parte de los habitantes de este país, tan dado á las gangas, disfrutara de esa prebenda, la broma costaría sobre setecientos millones de duros al año, y todos nos subvencionaríamos unos á otros. No habrá español que no vote por esa reforma, que haría de nuestra patria una Jauja, siquiera fuese modesta.

En cuanto á lo de los gremios, es una antiqualla cuya destrucción pareció un progreso inmenso á nuestros antepasados, sobre todo á los obreros, que saludaron su desaparición con júbilo. Los gremios sometían el trabajo á la más odiosa rutina; creaban abismos entre los aprendices, los oficiales, y los maestros; eran valladar insuperable á todo adelante; pero al Sr. Pi le parecen muy bien, sin duda por ser cosa de la edad media, y habrá que pensar seriamente en ponerlos de nuevo á la orden del día. No importa que el trabajo nacional se estanque y que los productos de nuestra industria sean risibles y carísimos: ya establecerá el Sr. Pi aranceles prohibitivos que impidan pasar la frontera á todos esos cachivaches que inventan los extranjeros para darse una vida regalona, cómoda, afeminada y barata, y todo se habrá salvado si esos mismos obreros á quienes tan singularmente quiere proteger el Sr. Pi, no se oponen con todas sus fuerzas á tanta ventura.

Hasta aquí las reformas sociales del nuevo programa federal. No resuelven ni con mucho el problema, no satisfarán al más tímido de los socialistas de acción, pero bastan para concitar contra los federales á todos los propietarios de mayor y menor cuantía, que no quieran dejarse despojar mansamente por un gobierno que no sabría qué hacerse luego de sus expropiaciones, y á todos los republicanos de buen sen-

tido que deseen conquistar una República viable y no un engendro tradicionalista, contra el que se alzarían las piedras.

LA CARICATURA

Los que sostienen que la falta de creencias religiosas conduce á los mayores extravíos, están en lo cierto. ¡Cuanta diferencia entre los frutos que producen los centros laicos, y los que brotan de los seminarios!

Dígalo si no el ejemplo de José Pedro Bruneau, que á los trece años robaba con la mayor mansedumbre y limpieza mil cuatrocientos francos al cura de Voutre (Francia) en cuya casa se educó; que más tarde ingresó en el seminario de Mayenne, y hurtaba cuanto podía á sus compañeros; que más tarde aun, y siendo ya ministro del Señor, iba frecuentemente á la ciudad de Laval, de noche, unas veces con levita y otras con sotana, á casas donde la castidad brillaba por su ausencia, y no parecía sino que allí estaba en su propio elemento, pues hasta daba sus pasitos de cancan en los intermedios de otros ejercicios más apetecibles.

Pues bien; un hombre de virtudes tan preclaras, de tan acrisolada honradez, á cuyas santas manos bajaba Cristo diariamente, acaba de sentarse en el banquillo de los acusados en el tribunal de Laval.

¿Y por qué? ¡Ah! Indignación causa decirlo. Solamente por haber asesinado en Entrames á su párroco, Mr. Fricot, arrojándole á un pozo el día 3 de Enero del corriente año, y poniéndose luego á tocar el armonium para que no se oyeran sus gritos; por haber asesinado algún tiempo después á su querida, la viuda Bourdois, florista de Laval, con el piadoso intento de robarla; por haberse distraído promoviendo incendios, entre ellos dos consecutivos en la casa parroquial de Astille, con objeto de cobrar las primas de seguro de su mobiliario, asegurado en cantidad muy superior á su valor efectivo; y por haber llevado á cabo numerosas estafas y abusos de confianza.

Si, sólo por esas pequeneces; y por haber robado á todos los párrocos á quienes había servido como vicario; y por haberse quedado con tres mil francos que le confió un arrendatario en Astille; y con todos los ahorros de una devota, que se murió del disgusto; y con dieciséis mil francos de otra en Ebron, que le nombró su albacea; y por haber robado la caja de fábrica parroquial y denunciado á otro cura como autor.

Por eso, sólo por eso, se ha visto el ungido del Señor sentado en el banquillo de los acusados, con las manos juntas en actitud humilde; y, lo que es más horroroso, ha sido sentenciado á muerte, á pesar de haber negado con evangélica dulzura y cristiana energía los crímenes y delitos que se le probaron, y el que la opinión pública le imputaba además, la desaparición del encargado de limpiar las esclusas en Laval, que al parecer sabía demasiado acerca del asesinato de la florista y que pareció ahogado en el río Mayenne.

¡Pobre sacerdote! ¡Cuando pienso en que, si hubiera realizado esas travesurillas en España, estaría hoy en libertad! Pero ¡ay! en esa maldita Francia tienen todos la perversa costumbre de ayudar á los tribunales, y éstos la no menos abominable de hacer justicia sin atender á influencias de sacristía.

Y al pensar también que dentro de poco se elevará

EL MOTIN



El cura Bruneau en casas de lenocinio



Niega á una devota el dinero que le entregó



Echa á un pozo al párroco de Entrames.



Toca el armonium para que no se oigan los gritos del párroco



Asesina á la viuda Burdois para robarla.



Incendia su casa para cobrar el seguro.



Comparece ante el Jurado, y es sentenciado á muerte.

La educación religiosa (Caricatura dedicada á *El Movimiento Católico*.)

Lit. E. Fernandez, Feijóo 3, Madrid.

en Laval la guillotina para ejecutar al cura Bruneau, no puedo por menos de lamentar que no nos cuide-mos de fomentar más aún la educación religiosa.

Tome acta de esta confesión *El Movimiento Cató-líco*, y apréciela como una prueba más de que quizás en todo lo que resta de mes ayudaremos á misa, no sólo Naken, sino todos los redactores de *EL MOTIN*. ¡Quién resiste á estos nobles ejemplos de la virtud clerical, y quién no tendrá á honra y gloria ayudar una misa á un cura del corte y hechura de Bruneau!

EL MEETING FEDERAL SOCIAL

Concurrimos á el meeting del día 15, y salimos de allí persuadidos de que el Sr. Pi y los que le siguen aún, son elementos con los que no hay que contar para el establecimiento de la República y á los que habrá que combatir enérgicamente una vez establecida para que no la malogren con sus insensateces.

El partido federal piista no es republicano, ni democrático, ni liberal; es, ante todo y sobre todo, una secta de socialistas de poca cátedra y menos arranque, á la que corresponde formar á la extrema derecha del bando que capitanea el compañero Iglesias, siempre que éste consienta en darles la alternativa.

Puede que no quiera hacerlo, si recuerda que el que más y el que menos de esos comunistas de nuevo cuño tiene, allá por las Ventas, y no de Cárdenas, no sólo su tejado de vidrio, sino sus tapias erizadas de vidrios para que se desgarré el pellejo el malaventurado que pretenda escalarlas para entrar en posesión de la más modesta de las gallinas marcadas con el sello del dominio sinalagmático de este ó el otro profeta del socialismo platónico.

Pero en fin, á los oradores del meeting les disgusta que los albañiles no beban *Champagne* á porrillo, y quieren hacer del reparto de ese vino un artículo de su programa; el Sr. Vallés, aquél del oratorio, afirma que el partido federal es socialista á macha martillo; otro señor, que debe tener rencores antiguos con el derecho romano, asignatura que es el *quis vel qui* de la carrera de leyes, la emprende con ese Derecho para mayor ilustración del público; y por fin, el señor Pi, convirtiendo á sus oyentes en apóstoles, se empeña en que todos propaguen su programa hasta los últimos rincones del más escondido sótano y el más encumbrado sotabanco de la Península.

Quedamos, pues, en que los federales son socialistas, y empezamos á comprender el por qué de su antipatía hacia los republicanos. Quieren seguir el juego del compañero Iglesias para que éste consienta en acogerles en su amoroso seno.

No ayudarán á traer la República, no serán jamás poder en ella, servirán de estorbo y de obstáculo á todos los gobiernos, y sobre no conseguir ninguna de sus locas y trasnochadas reformas, tendrán el consuelo de servir de inconscientes auxiliares á la reacción.

Bueno es saberlo de antemano. A los verdaderos republicanos, á los republicanos liberales y demócratas toca aunar sus esfuerzos sin contar con los de esos sectarios, y seguir unidos contra ellos después del triunfo para no ver muerta al nacer la futura República.

A REIRSE TOCAN

El arzobispo de Santiago ha excomulgado al periódico *El Amigo del Pueblo*, en un auto macarrónicamente escrito. Severino Pérez, el ilustrado periodista que dirige *La Unión Republicana*, de Pontevedra, le devuelve la pelota en esta forma:

«Yo, demócrata republicano, que por la voluntad de Dios pienso y hablo como la generalidad de los mortales, y para que no me alcance la execración de mis conciudadanos, llamo oscuro á lo que no veo claro y solecismo censurable al olvido de la sintaxis usual de la lengua castellana;

yo, que no soy ni debo ser senador, porque Dios ha hecho hermanos á los españoles y el Senado representa la tiranía del privilegio y fomenta el odio de las castas; yo, que no uso cruces ni anillos, ni báculos ni brocados, porque nadie tiene derecho á lo superfluo mientras haya uno que carezca de lo necesario, aunque esto resulte un poco fuerte;

yo, que ni al timorato ni al teólogo confío el examen de lo que debo juzgar por mí mismo y que no perjudico los intereses de ningún periódico afirmando sin prueba que vierte doctrinas inmorales;

Condeno por *impío* el auto del señor arzobispo de Santiago que, sin resonancia ni en la gloria ni en el infierno, contradice la angusta libertad con que Dios ha querido que D. José Martín de Herrera, *El Amigo del Pueblo* y yo, nos diferenciamos de las bestias y nos hagamos dignos de la recompensa prometida á los buenos. Además lo declaro *herético*.

ante la *lógica*, que como código infalible de ese destello de la sabiduría infinita que los tres llevamos en la cabeza, no nos permite hallar la verdad sino por sus procedimientos, ni construir la ciencia sino dentro de sus límites; *herético*.

ante la *moral*, que prevaleciendo como regla de vida á través de las ruinas á que reduce el tiempo los símbolos y ritualidades de los cultos religiosos, nos enseña á acercarnos á Dios por la investigación y cumplimiento de las leyes que él ha impuesto á su obra, y no por la observancia de dogmas convencionales y formulismos ociosos, que engendran la superstición y el falso saber; y *herético*.

ante el *sentido común*, que aquí y en todas partes aconseja que la Iglesia se atempere á las exigencias de la época, permitiendo, con cierta habilidad parecida á la de León XIII, que entre lo divino y lo humano se hagan los oportunos deslindes para que el ignorante y el débil no sean explotados ni por el más sabio y astuto ni por el más fuerte y atrevido.

Dios sapientísimo y bondadoso; envíanos un arcángel que deje al Sr. Martín de Herrera limpio de error, hipocresía, fanatismo, ó lo que sea. Y si él está en lo cierto, fulmina tu potente rayo contra esta misera existencia mía que has modelado con algún descuido, y refúndela conforme á otro plan, para que yo te conozca como don José Martín y te ame y bendiga con el mismo fervor que siempre te he consagrado. De cuál de los dos está en posesión de la verdad, y si él es un falsario ó yo un iluso. No paso porque calumnies y condene á mis correligionarios de Santiago, que quieren y defienden lo que yo pienso y sostengo...»

Después de este edicto, que rebosa gracia y buen sentido, el querido compañero añade:

«Verán ustedes cómo nadie me oye y cómo el Sr. Herrera continúa tranquilo en la silla y palacio metropolitanos cometiendo desatinos con los demócratas de su jurisdicción apostólica.

Si yo fuera arzobispo, por supuesto con esposa é hijos, no rezaría gran cosa, porque á Dios eternamente inmutable y justo no se le halla por ese camino tan cómodo y barato; pero predicaría sin descanso el medio seguro de que nos escuche, y con las prácticas de la caridad y el ejemplo conseguiría bastante más que todos los Herreras peninsulares y ultramarinos. Siento que no me sometan á prueba.»

Este lenguaje, que ha desesperado á los neos, pues hasta los periódicos de Madrid se han indignado, es el que debemos emplear para combatir antiguallas que provocan á risa. Felicito, pues, á Severino Pérez por haberlo empleado, y á *El Amigo del Pueblo* por lo de la excomunión.

Con seguridad que el colega sabe á qué atenerse en este punto; mas no me parece fuera de propósito recordarle que tengo *cuarenta y siete* excomuniones episcopales á la espalda (donde me echo todas las majaderías que me dicen), y tantos millares de insultos por lo menos como curas, frailes, beatas y demás gente ordinaria pulula por estos reinos; y que, á pesar de esto, ó precisamente por esto, gozo de una tranquilidad sin límites.

Lo único que no me han traído hasta ahora las excomuniones (y lo siento en el alma) es dinero, como las bendiciones se lo llevan á los obispos; pero ¿quién sabe si con el tiempo ocurrirá así? Por lo pronto, tengo un amigo en Mondoñedo que me envió unas pesetas para que le remitiese dos décimos en la extracción penúltima, y le tocó el tercer premio (tres mil pesetejas). Anteriormente le había tocado otro premio más pequeño por el mismo conducto. ¡Y vaya usted á saber si no ha decidido la Providencia favorecer á los excomulgados por este medio indirecto!

Cuente, si tal cosa hubiese decidido, con mi resignación más completa. Contrariar los designios de la Providencia cuando nos son favorables, téngolo por gran torpeza; casi tan grande como la de tomar en serio estos desahogos clericales que abren un paréntesis alegre á las amarguras que sufrimos al ver que un pueblo como España va paso á paso cayendo en el abismo sin que salga un hombre que lo detenga y le infunda alientos para ser lo que siempre fué.

SOBRE LO MISMO

La Unión Católica (que, dicho sea entre paréntesis, emplea de algún tiempo acá un lenguaje cortés y comedido, que obliga á todos á emplearlo al contestarle), dice, hablando del edicto anterior, que los republicanos españoles tienen tan mal gusto, que no comprenden la República sin la impiedad.

Lo que todavía comprenden menos, es que haya obispos tan apegados á la rutina y tan desconocedores de las corrientes modernas, que fulminen sus rayos contra un periódico, pudiendo ocuparse en cosas más útiles para lo que defienden.

Pues así como resultaría hoy contraproducente y ridículo que los obispos anduvieran por ahí descalzos y harapientos, sólo porque así anduvieron los apóstoles al lado de Cristo, del mismo modo resulta anacrónico y tonto excomulgar periódicos porque dicen cosas que en otro tiempo convenían á la Iglesia ahogar, pero que al fin han prevalecido.

Unas intransigencias traen otras, y *La Unión Republicana* no hubiese publicado su edicto si el arzobispo no lanza el suyo. Ruegue *La Unión Católica* á los

obispos que sean prudentes, y hasta mansos y caritativos, si es posible, y la lucha de ideas se entablará en otro terreno. Pero mientras esto no ocurra, contestaremos en aquel en que se nos provoque, y con armas iguales á las que contra nosotros se esgriman.

¡BIEN POR MIS CURAS!

El 17 se celebró una reunión de carlistas en un caserío inmediato á San Juan de Luz, con el objeto de rendir testimonio de adhesión á D. Jaime. Concurrieron cincuenta curas.

¡Olé por los curas independientes y bravios, que hacen el mismo caso que yo de los consejos y órdenes del Papa! ¡Bravo por los presbíteros de carácter entero, que á la faz de España se presentan dispuestos á emular las hazañas del asesino Santacruz y de más compañeros en brigandaje y tonsura! ¡Vitor por esos clerizontes de trinchera, ansiosos de administrar la Extremaunción á los liberales con estopas empapadas en el petróleo que les sobre de los incendios!

Estos son los curas verdaderos, mis curas, los que amo hasta el extremo de que no me importaría labrarme la condenación eterna por darme el gusto de fusilarlos. Los demás, los que ahora se estilan, flojos, prudentes, sumisos á los mandatos episcopales, esos no me parecen curas.

Los curas españoles, los auténticos, los legendarios, son esos; los que no reconocen más rey ni más Roque que D. Carlos; los que sueñan con la horca, el tormento y la hoguera para exterminarnos.

Esos son los curas que nos convienen, los que hay que cultivar para que no se acabe la semilla; los que, el día que venga la República, se echarán al campo, y así nos darán pretexto para hacer muchas cosas necesarias, útiles y civilizadoras.

Por lo tanto, repetid conmigo: ¡Vivan esos curas!

DISPAROS

Hay armado un lío espantoso por haber vendido la congregación del Amor Hermoso unos magníficos tapices procedentes de un legado. Con este motivo han salido á plaza abusos é irregularidades de esa congregación y de la sacramental de San Ginés y San Luis que prueban bien que la cualidad de beato no se opone á la de trapisonda. ¡Y yo ¡inocente! que creía que las gentes que están siempre metidas en la iglesia eran por este sólo hecho honradas y decentes!

¡Este desengaño, y le que expresa la caricatura de este número, acabarían por quitarme la fe, si, afortunadamente para mí, no se hubiera marchado con viento fresco hace ya muchos años!

Presentóse en el gobierno civil de Valencia una mujer con siete hijos de corta edad extenuados por el hambre, pidiendo que fueran admitidos en el Hospicio, pues no contaba mas que con un real diario que ganaba el mayor trabajando de aprendiz.

Muchas pretensiones son esas. El buen cristiano debe conformarse con la suerte que le depara la Providencia, sin quejarse nunca. Tome ejemplo esa madre descontentadiza del arzobispo de aquella diócesis, que no reúne más que treinta y siete mil pesetas anuales, y nadie le ha oído lamentarse ni una sola vez.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Está muy extendida la creencia de que quien se baña el día de San Cristóbal en el río que hay entre Carcajente y Alcira, se cura de cualquier enfermedad que padezca. Los impíos se burlan de esta consoladora creencia, pero los hechos acaban de confirmarla.

Ocho mujeres que se bañaron este año, quedaron completamente curadas. Como que se ahogaron.

No ceguemos las fuentes de la fe ni arranquemos del alma ninguna creencia consoladora, porque sin ellas no se darían casos como el que referimos.

En un pueblecillo inmediato á Logroño salieron cinco hombres breándose el cuerpo con cilicios que llevaban en la punta fragmentos de hierro, cristal y otras materias punzantes y cortantes que hacían brotar la sangre. Los curas cantaban entretanto.

Y hacían perfectamente. Mientras haya brutos así, no tienen que temer por el garbanzo y sus derivados.

BIBLIOGRAFIA

El último número de *La España Moderna* contiene trabajos de Valera, Cotarelo, Fernández Duro, Dorado Montero, E. Pardo Bazán, Menéndez Pelayo y Castelar.

La Revista Internacional, publicación destinada á dar á conocer en España las mejores publicaciones extranjeras, contiene trabajos de Merimée, Daudet, Coppée, Baudelaire, Caro, Tolstoy, Gautier, Banville, Barbey y Gladstone.

Se suscribe, como á la anterior, en la Cuesta de Santo Domingo, 10, pral.—Madrid.

Cuentos para el viaje, por F. Degetau y González. Como su título lo indica, es este libro una colección de cuentos. Todos son originalísimos, tanto por el asunto como por la forma en que están referidos. Un tomo en 8.º mayor de 238 páginas; precio 2,50 pesetas, en casa del autor, Tudescos, 29 y librerías.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.